

Paseo por Nueva York.

Voy bajando por las calles de Nueva York, observando los imponentes edificios mientras camino por la acera, respirando el aire cargado típico de ciudad. Me dirijo hacia la costa, para subirme al ferry que me llevará a la Estatua de la Libertad, pero no voy con ninguna prisa, pues hay múltiples viajes y el último sale dentro de varias horas. Mientras me acerco a mi destino, la brisa de la costa hace que se me ponga la piel de gallina y que me den escalofríos, por lo que decido parar y comprarle una sudadera a un vendedor ambulante que hay al otro lado de la acera. La sudadera es gris y ancha, con una capucha con cordones y unas letras blancas en *Arial black* en las que pone “I ♥ NEW YORK <<para nada parezco un turista ahora mismo>>”. Después de ponerme la sudadera encima de las múltiples camisetas que llevo puestas, sigo mi camino por las calles de Nueva York.

El suelo de la acera está dividido en paneles anchos y agrietados, con algún que otro respiradero, en los que te puedes calentar gracias al calor que sale de ellos cada vez que pasa el metro por debajo de tus pies. Desde donde estoy ya se pueden ver la costa y la Estatua de la Libertad a lo lejos, que si de por sí es grande, la base hace que parezca el doble de alta. Al llegar a la carpa, en la cual se revisan los billetes de los pasajeros y subir al ferry, noto que por su forma de vestir y de hablar, la mayoría deben ser turistas, pero ¿quién soy yo para juzgar? Cuando las familias que hay detrás de mí abordan, se alcanza el límite de pasajeros y los trabajadores cierran las puertas. Mientras, estoy buscando un sitio para sentarme y preparándome para ver por primera vez una de las estatuas más altas y oxidadas del mundo.

-Ágata Martín Sánchez

324 palabras.